

Para Umi, Salvador y Vicente

*¿quién hubiera puesto en tu mano, enfundada en un
terso guante de hule color de ámbar, esa cuchilla
afiladísima que entonces apuntabas hacia mi garganta?*

Farabeuf, Salvador Elizondo

Uñas

Lo primero que hace Olga cuando se sienta es dar vuelta mis palmas hacia abajo para observar los rastros de lo que no voy dejar de hacer. Cuando estoy nerviosa me muerdo el borde de las uñas. Se los llama pellejos, piel muerta. El procedimiento en sí no es doloroso. Al arrancarse, se constata la capa de piel viva que se encuentra por debajo. A veces sangra. Otras lleva a la formación *padrastrós o hijillos*, como si la Real Academia adivinara las vicisitudes de nuestra familia.

Remover la piel conlleva un vértigo. La experiencia no alcanza para saber hasta dónde tirar para preservar lo que vive debajo, una carne demasiado viva. Como en otros ámbitos, el cálculo falla y la vida duele. Olga me pregunta por qué lo hago, aludiendo a una vergüenza que no siento. Difícil explicarle que se trata de una cuestión de vida y muerte. Si le contara que soy parte de un linaje de mujeres que con exagerada literalidad luchan contra la muerte a dentelladas, no lo entendería. Y las marcas. Marcas de agua de las batallas para arrebatarle muerte a la vida.

Los dedos de las mujeres de mi familia llevan las marcas de ese fracaso. Mi abuela las ocultaba con vergüenza. Envolvía sus dedos con curitas y alegaba quemaduras en la cocina. Mamá llevaba sus heridas de guerra con desparpajo en más de un dedo y las atribuía al